

DOI: <https://doi.org/10.56712/latam.v5i6.3247>

La trágica existencia del cuerpo en la producción de sentido

The tragic existence of the body in the production of sense

María del Refugio Navarro Hernández

manher@uan.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0003-2312-7525>

Universidad Autónoma de Nayarit
México

Elizabeth Trujillo Ubaldo

elizabeth.trubal@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-8534-7366>

Universidad Autónoma de Nayarit
México

Salvador Vázquez Sánchez

salvador.vazquez@uan.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0002-6194-1504>

Universidad Autónoma de Nayarit
México

María del Carmen Hernández Cueto

carmen.hernandez@uan.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0002-6549-3833>

Universidad Autónoma de Nayarit
México

Artículo recibido: 17 de diciembre de 2024. Aceptado para publicación: 03 de enero de 2025.

Conflictos de Interés: Ninguno que declarar.

Resumen

Estamos acostumbrados a la visión cartesiana de separar el "cuerpo del alma", como una entidad existencial y ocultamos epistémicamente, que entre estas dos partes está el viaje que realiza el sujeto a través de su historia personal y que va edificando la estructura de la persona, o el rostro o la percepción de la forma que abandona la corporeidad en el trayecto de vida y la vinculación estricta entre la realidad y su representación. Para este trabajo, entre otras hemos recurrido a ciertas herramientas de las ciencias de la complejidad, para lo cual se diseñó una excursión que va desentrañando algunos montajes de las máquinas y aparatos de significantes que la génesis del signo va implantando en las vías de los interpretandos que hunden al sujeto en las encrucijadas de las decisiones más importantes de sus relaciones con el mundo, y consigo mismo.

Palabras clave: sentido, cuerpo, existencia, viaje, corporeidad

Abstract

We are used to the Cartesian vision of separating the "body from the soul", as an existential entity, and we hide epistemically that between these two parts is the journey that the subject makes through his personal history and that is building the structure of the person, or the face or the perception of the form that corporeality leaves in the path of life and the strict link between reality and its representation. For this work, among others, we have resorted to certain tools of the complexity sciences, for which an excursion was designed that unravels some assemblies of the machines and devices of signifiers

that the genesis of the sign implants in the pathways of the interpreters. that plunge the subject at the crossroads of the most important decisions of his relations with the world, and with himself.

Keywords: sense, body, existence, travel, corporeality

Todo el contenido de LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades, publicado en este sitio está disponibles bajo Licencia Creative Commons.



Cómo citar: Navarro Hernández, M. del R., Trujillo Ubaldo, E., Vázquez Sánchez, S., & Hernández Cueto, M. del C. (2025). La trágica existencia del cuerpo en la producción de sentido. *LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades* 5 (6), 3360 – 3369.
<https://doi.org/10.56712/latam.v5i6.3247>

INTRODUCCIÓN

Trabajar sobre la relación cuerpo-representación es establecer un vector que se difunde a través del imaginario y que diseñan una estructura que construye las modulaciones del montaje de la reflexión del sujeto. La interacción social es una transposición de desplazamientos del cuerpo con referencia a los significados que el sujeto define, a partir de la biografía individual, y forma los grupos semánticos que permiten establecer los puentes entre los cuerpos en general y los objetos que conocemos como sociabilidad. ¿Dónde queda la voz del cuerpo cuando habla, “en el grano” (Barthes, 2013)? ¿simple textura o tejido de la interioridad? (Jung 1984), ¿es la voz la que delata las formalidades ocultas del cuerpo que fundamenta los procesos representativos del “sí mismo” del sujeto?

El análisis aquí realizado es un intento por poner, en un solo plano, la tridimensionalidad del cuerpo, para desdoblar la escenografía constitutiva de la representación y del potencial de la fuerza comunicativa que hay entre la formación sónica y el horizonte semántico, en que la teatralidad del desplazamiento de la gestual del cuerpo puede expresar algo.

METODOLOGÍA

El problema del método

En los últimos años, el valor del cuerpo humano se ha visto reducido a, prácticamente, nada. ¿Qué valor tiene para el crimen organizado, un cuerpo?, ¿a cuántos personas está dispuesto a matar el crimen organizado a nivel mundial?, ¿los gobiernos, cuántos muertos, por causas no naturales, está dispuesto a asumir como su responsabilidad?, en fin, una serie de preguntas derivadas de las anteriores nos presentan un problema de abordaje metodológico; algo que vaya más allá de la recopilación de estadísticas, que nos describan el comportamiento de la criminalidad salvaje u organizada y que nos planteé formas de entender y comprender todo el fenómeno, bajo teorizaciones que partan del sujeto o de una sociología del individuo hacia una generalidad pragmática que nos haga sostener, con fuerza, conceptualizaciones y vision holística, que abarque las redes fractales de las configuraciones sociales y, no solamente las macroestructuras de los datos, sino la articulación del sujeto con su red de relaciones.

Hemos entendido que no basta acercarnos estadísticamente para comprender la problemática entre el cuerpo y el sujeto que soporta, en que pueden ir, bajo ciertas circunstancias, a la deriva por caminos diferentes y que, al generalizar bajo un número toda una realidad, en la que se van tejiendo cada una de las vivencias no solamente físicas, sino, sobre todo, la simbolización de los lenguajes con los que interpreta su realidad. Tenemos que regresar al posicionamiento de lo físico con lo intelectual, y establecer que el individuo es la relación simbiótica entre una y otra dimensión. Para esto, la fractalidad nos lleva de la mano al ir encontrando cada conexión que existe en la realidad simbiótica que se va tejiendo bajo un concepto de red necesaria de causa/efecto entre un elemento y otro; de tal forma, que nos permita afirmar conceptos generando una epistemología social capaz de interpretar, comprender y exponer lo que encontramos.

Aquí se ha realizado un esfuerzo reflexivo que incorpora la negligencia de los Estados Nacionales que forman nuevas globalidades y, por lo tanto, las teorizaciones obtenidas reflejen la conexión entre análisis-interpretación y sustentabilidad de la información con que contamos; huelga decir que la teoría de redes y el manejo de la fractalidad han sido útiles como ciencias de la complejidad, que nos han abierto el camino para el dominio de nuevas relaciones conceptuales y el establecimiento de horizontes cognitivos más eficientes y operativos; por supuesto, estamos revisando la puntualidad de nuestros procedimientos.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La proyección del cuerpo como programa de sentido

Generalmente percibimos el cuerpo como algo concreto, material y como la sustentabilidad de la vida personal; sin embargo, en un primer análisis, sólo entendemos la función del cuerpo cuando intuimos su vinculación con lo social y establecemos las primeras relaciones con lo simbólico; es decir, con el lenguaje. En este momento sentimos las operaciones del cuerpo como inmersas en el océano de la representación y es cuando iniciamos un proceso muy largo de proyección de nuestras vivencias, en las que fijamos los escenarios para intervenir como actantes en la espacialidad de la personalidad propia y de la ubicación en el contexto social.

Es lo social, el entramado donde se atrapa el cuerpo como personaje y entra en un proceso constructivista, va integrando el tiempo como la dimensión que lo vuelve histórico y sujeto de sentido; esto es, el cuerpo se constituye en portador de significado que introduce las categorías cognitivas respecto de la relación del ego con el alter. En la alteralidad se esconde el valor del cuerpo y se trasciende lo biológico con las tareas propias del ego y el trabajo (praxis) de definirse a sí mismo.

Las relaciones de la alteralidad atrapan la semántica que conduce al cuerpo a una trayectoria de vida y delinean las diversas opciones de intercambio entre las instancias de la subjetividad con las oportunidades para establecer la evolución del sujeto, y el impacto que se produce en el cuerpo y su propia evolución; es decir, se establece un programa de la existencia propia del cuerpo y del sujeto con las bases en las que se edifican las diversas construcciones que se elaboran en el proceso de la arquitectura del personaje social; trayectoria y programa son inversiones corporales básicamente de planificación del sujeto y la resultante de la interacción entre éste y su contexto.

El cuerpo es una especie de ancla, pivote, que encuadra la constructividad del género, que es un producto social, puesto que corresponde a la percepción de sí mismos y la de los demás. El cuerpo es inagotable, histórico, no somos únicos ni aislados, sino somos parte de una serie que no conocemos todavía su finitud (Klossowski, 2008); pero, en tanto unidades, nos constituimos como si fuéramos únicos; y la individualidad reconcilia estas diferencias constitutivas.

El peso del presente en la cotidianidad del cuerpo

Movilidad y gesto son condiciones inherentes a la existencia del cuerpo y hay un proceso de realización enmarcado por el presente, como la instancia en la que se dimensionan los elementos que se arman en los constructos de la definición del sujeto, lo que hace a su conciencia una calidad de irreductible. El cuerpo siempre está en el presente, pero su conciencia abarca los tres tiempos (presente, pasado y futuro) y hay un diálogo entre el tormento del presente y la pasividad fantasiosa del pasado y el futuro.

La realización de lo efectivo del cuerpo está en moverse, en gesticular y en establecer los planos de una gramática que legisla sólo los valores de cada gesto y cada signo en el establecimiento de un sistema económico que establece la movilidad y la gestualidad como factores del presente; como si se tratara de una política económica que respalda cada unidad proxémica y le da el valor específico para establecer los intercambios con la trama de la alteralidad y el potencial de los significados que hagan funcionar el cuerpo como una entidad productiva. Sin embargo, este planteamiento es necesario difundirlo a través del concepto de ritual; es decir, sólo es posible entender cómo el cuerpo va dimensionando el potencial en tanto signo y el impacto en las relaciones humanas cuando construye primero los hábitos o las repeticiones de la conducta y traslada e intercambia, incluso como mercancía, las representaciones de sí mismo y define las implicaciones de la transitividad de la semántica de cada gesto, de cada movimiento para formar el texto en conductas y estas en teatralidades o espectáculos

de la personalidad. Por supuesto, la teatralidad es una presencia, no se puede llevar ni al pasado ni al futuro, es un resultado marcado en el presente por el peso de la realización del gesto.

La corporeidad es la realización gestual y teatralidad del signo. El orden con que se delimita el espacio que se va articulando con la apropiación del tiempo es un lexema, o un logos, que se produce y reproduce en función del sentido, y el proceso que cambia de materia y de representación. El cuerpo como significante (Nancy, 2003) debe atravesar por el imaginario para construirse como signo o como mercancía, en el mercado de los significados dónde se valorizan los diversos planteamientos del teatro y de las máscaras, de tal forma que el cuerpo soporta, bajo la presión constante del presente, los estragos de las maquinaciones de la teatralidad en la consciencia del sujeto que puede provocar desvinculación o demasiada aprensión, conduciendo a patologías que rompen cualquier estructura lógica y envían al cuerpo a la deriva del sinsentido.

Lo cotidiano es el espacio (khora) que define el valor de cada gesto y de cada desplazamiento, especialmente si nos referimos a los grandes contextos como la danza o el nomadismo que marcan tipologías y categorías que hacen de la existencia del cuerpo la vida de lo cotidiano. Es intransferible lo cotidiano como presente y como el teatro donde representamos la existencia, el estar-aquí, el ser-aquí o, el ser, simplemente; (Marcel, Heidegger) y con esto el borrar la presencia misma del cuerpo para convertirlo en su sombra; es decir, en la virtualidad como sucede en las nuevas tecnologías que dejan de lado la corporeidad para universalizar el vacío significativo, como en una informática del ser.

La delimitación entre el cuerpo y su símbolo que lo sustituye en el discurso del texto social, hace que la tortura del presente haga operar al cuerpo como ausencia significativa y establece los parámetros de referencia para la validez del intercambio social y la cognición del saber sobre la movilidad o la gestión; como en un programa que acota cada uno de los signos y los operadores de las proposiciones de un lenguaje integral entre el gesto y la palabra (Martínez, 2001). Es una matriz que contiene todos los datos que puede manejar el sujeto dentro de una estrategia económica que le impone lo cotidiano y, en consecuencia, una estructura del decir, hablar, oír, leer, interpretar y accionar.

El principio de realidad está vinculado a la presión que ejerce de manera tormentosa el presente, sobre el cuerpo, y rige los límites corporales en los que la movilidad se convierte en limitante de la percepción del sujeto, de tal forma que cualquier desviación o alteración de esta percepción se convierte en sujeto delirante y es sometido al rigor de la verdad que impone lo real.

Las pretendidas fugas del sujeto hacia el futuro o al pasado son intentos por despojarse de la presión del presente, pero es inútil mantenerse en esta pretensión porque, el presente, mantiene su artillería acusando al sujeto de colocarse en los planos de la utopía y lo somete de nuevo a los términos de la salud corporal o de los planos de la realidad tanto física como intelectual.

La tríada del tiempo es en realidad un círculo en el cual no es posible detener el giro del movimiento en el que se encierra la realidad del cuerpo, como en una tómbola, los diferentes elementos a escoger en una lotería, sólo el instante aparece en el momento en que se coge el elemento seleccionado. Tanto el presente como el futuro son las ilusiones en las que el sujeto aprisiona el instante del presente, como una constante del pasar, y este pasaje sólo lo podemos vivir como cotidiano; es decir, como presencia y como realidad, lo que constituye la cadena que aprisiona al sujeto en un sentimiento de estar siempre en el pasado, como instancia de la reducción existencial del simulacro, en el que se construye la teatralidad de la vinculación entre el sujeto y su realidad.

La cotidianidad es el mundo de la simulación y del montaje del teatro en la que el sujeto borda la danza en la que desenvuelve el deseo de lo otro como objeto o como ser-alter, dónde invierte todos sus recursos de que puede disponer para incorporar los satisfactores, dentro de un proceso económico y de mercado. De ahí, la importancia que reviste la programación del sentido que le da orden en tiempos,

movimientos y recursos, del que se puede disponer para enderezar las construcciones que el sujeto se plantea como verosimilitud de sí mismo. El cuerpo es la corta distancia en la que este esquema cobra vida dentro de una proyección que incorpora la vitalidad del sujeto y el medio en que se desenvuelve (Bréal, 2001).

Imaginario y corporeidad

Habíamos indicado anteriormente el paso del significante y el signo a través de las estructuras y canales del imaginario, por lo que es necesario completar la idea de que el cuerpo es el soporte que se mueve como el recipiente de las transacciones entre el dato y sus relaciones con el sistema, que la mentalidad hace predominar en las fuerzas del poder que hacen decir o pronunciar el deseo del sujeto, el hablante, el dialogante, el conflictuante, el disidente, el rebelde, el libertario, el revolucionario, el esclavo, el sumiso, etc.; esto es, el imaginario que se extiende del individuo a la colectividad y, por lo tanto, a la extensión del poder de la política, la economía, la cultura y la espiritualidad (Lizcano, 2006).

El funcionamiento del imaginario nos orienta hacia el manejo del cuerpo como antropología o como physis y pivote de las significaciones que recoge una lingüística extensa o la semántica como cognosis que abarca lo singular, lo plural, lo sincrónico, lo diacrónico y lo simultáneo de la movilidad en la metaforización en que se convierte el teatro del símbolo y su estructura. En el imaginario encontramos el funcionalismo de los órganos del cuerpo como la voz, la temperatura, el dolor, el color de la piel, etc., que transmiten directamente sin afectar la totalidad del cuerpo, una metonimia del discurso que se fabrica o se monta en un andamiaje de la representación general (Durand, 2004). Los significados se armonizan con los vacíos que dejan las máscaras de los otros sujetos y se ordenan en conjuntos los elementos que pudieran haber quedado sueltos en un sistema integral entre el sujeto y lo social; a veces, resulta incongruente esta forma de integración porque no constituye una plancha lisa de los significados sino una arquitectura, una construcción que edifica los elementos para diseñar los volúmenes que reproducen la sombra del cuerpo. A través de la historia de la representación hemos podido observar cómo el cuerpo es tomado como “medida de todas las cosas” y, en un ambiente crítico, esta centralidad métrica se proyecta en múltiplos del cuerpo y la hace magna o micro, dejando a los parámetros de la cultura los referentes para establecer las dimensiones de la interpretación, y la función del cuerpo como una mística que trasciende la corporeidad y define una metafísica de la vida cotidiana en tanto habitación del espejo de lo social que atormenta y sacrifica cada gesto y cada indicio, por bárbaro y sofisticado que sea.

Cuando tratamos de explicar el porqué del estar aquí y hoy, nos referimos al movimiento que desplaza, de una manera permanente, los parámetros con los que medimos la acción, y el irse desgastando del intervencionismo del sujeto como vida personal y única de sí mismo, ante la concepción del tiempo vital con el tiempo trascendental; esto es, el montaje teatral de la mística de la existencia Merleau-Ponty (2003).

La vida cotidiana es el espacio de la extinción del sujeto cuando se destaca el gasto que el cuerpo invierte en la danza diaria de sus desplazamientos y se resuelve la incógnita del para sí del sujeto y por sí de los intercambios simbólicos de los demás sujetos. Tiempo y desgaste para descifrar las máscaras y, sobre todo, las instancias en que el vacío del rostro, que soporta la máscara, presiona sobre el sujeto en forma cotidiana y pertinaz, como acción consustancial a la función hermenéutica y traza las rutas diseñadas, por una parte, la teatralidad y, por otra, la vitalidad de los deseos y los objetos, que el sujeto enfrenta como parte del mundo y de sí mismo.

Montaje y motricidad del deseo

En condiciones de estabilidad del actante, parecería que el sujeto es una entidad de tránsito perenne, sin que haya el menor entorpecimiento y que sólo el-querer las-cosas del mundo se le den con sólo

estirar la mano. Pero, hemos venido planteando que esto implica un desgaste tanto como cuerpo que se da a leer en lo social, como en sí mismo en tanto accionar de sus aparatos y sus máquinas de sobrevivencia, lo que nos da el horizonte completo entre lo físico y lo mental.

La acción de lo social incorpora o elimina las acciones del individuo, especialmente las del cuerpo, dejando a la mente la disponibilidad de las acciones corporales como metáforas y artilugios en los cuales poder invertir los tiempos que demandan el lapso del habla y del proceso activo del desplazamiento del cuerpo, como en una industria de la simbolización en la que cuerpo y la mentalidad son una unidad significativa. El cuerpo lucha contra la mentalidad bajo estrategias de cooperación y transferencia de intereses, en los que hay una negociación respecto de las estrategias en la creatividad o producción del símbolo, que nos va a sustituir una vez que el motor que hace mover las instancias en las que la mentalidad defiende su poder frente al cuerpo, y donde la corporeidad establece las condiciones de un trato permanente de sus diferencias. Es una fabricación, es una industria en la que las dos dimensiones (cuerpo y mentalidad) establecen sus campos de batalla y resuelven bajo el poder que hace vencedores a unos o a otros y, sin embargo, es un conflicto de ganar-ganar o perder-perder.

Religar el cuerpo

A través de la historia del pensamiento religioso, podemos comprender la necesidad de establecer un vínculo permanente entre la corporeidad con una entidad metafísica. En las religiones politeístas

-las primeras en aparecer en los comienzos de las culturas- la vinculación entre la “carne” y el “Dios particular”, en tanto percepción completa del Dios, se va convirtiendo en el dominio que es ejercido por la mentalidad sobre la corporeidad y, de esta manera, surge el conflicto que va adquiriendo diferentes formas de integrar un corpus propio al cuerpo real, pero su representación es un imperio al establecer una metafísica autónoma e independiente de lo personal y social; es decir, el cuerpo teológico por excelencia.

En las religiones animistas se muestra claramente el dominio prácticamente total de la mentalidad sobre el cuerpo (Lévy-Bruhl, 1986), y el poder de la mentalidad nulifica los procesos de gestión de la vida corporal. Los dioses objetos se vuelven contra el cuerpo que los ha creado, haciendo una plataforma de referencia para la semántica del sujeto que lo crea y, después, la implantación de la mecánica de la dominación del objeto sobre el sujeto, convirtiendo la relación del poder del objeto en una nueva fundamentación de la existencia y el sistema de vida de una cultura o civilización determinadas.

En los procesos de sedentarización y fundación de centros urbanos se señalan los espacios dedicados al ejercicio y reproducción de las metafísicas en las que una civilización funda sus semánticas que comprenden a la civilización que incluye la movilidad de los pueblos hacia otras regiones o establecimientos de las guerras de apropiación de una civilización por otra. Si en la antigüedad fue muy frecuente este fenómeno, a partir del siglo XIX las guerras se presentaban como económicas y políticas a través de regiones cuya geografía facilita o entorpece el flujo bélico que hacía suponer la predominancia de una cultura sobre otra, donde los imperialismos se convirtieron en forma de ser de grupos de países y marcaron el tiempo histórico del siglo XX; pero para el siglo XXI, la era digital, se ha vuelto un campo de batalla cuyas características aún las estamos definiendo y las predicciones apuntaladas por Toffler, entre otros futurólogos, han confirmado algunas de sus predicciones y modificado otras. Estos fenómenos sólo son posibles obedeciendo a esos principios de deificación de lo antropológico a lo teológico. Parecería que, a pesar del declive de la modernidad y los nuevos planteamientos de la globalidad o mundialización, se han propiciado nuevas formas de tratar al cuerpo humano de una manera más saludable que en otras épocas; sin embargo, con el resurgimiento del nomadismo de pueblos enteros han aparecido las formas monstruosas del primitivismo cultural y de la destrucción física de los cuerpos, como lo vimos en la primera y segunda guerra mundiales que, en

menos de una década, hicieron desaparecer millones de personas. Cuando nos enfrentamos a una yihad estamos en presencia de un proceder medieval y a una crueldad ancestral de la humanidad, que nos hace pensar en un teatro de la crueldad, del cual no podemos librarnos y donde se echa por tierra la promesa o la ensoñación del transhumanismo que ve, en la ciencia y la tecnología, la salvación de todos los males del cuerpo.

De la extinción del cuerpo a la diseminación de las partes

La importancia del cuerpo como unidad, como signo, desaparece a partir del momento en que toda presencia se vuelve negativa y comienza un proceso de desaparición; dónde todo significado se pierde y se empieza a construir una nueva semántica que corresponde a la ausencia, la separación y la inexistencia, que termina por convertirse en recuerdo, memoria, historia y leyenda. Son las religiones las que mantienen una línea de continuidad entre la extinción del proceso vital y la progresiva mitificación de la memoria y el recuerdo, antes de provocar el “silencio eterno” (Mainetty, 2004).

Históricamente, la muerte del cuerpo se vuelve presencia en los relatos de la memoria que los rituales fúnebres han mantenido a través de los siglos, creando una visión antropológica del sentido de la vida humana; esta circunstancia reconstruye, rehabilita, “hecha andar” el cuerpo, dotándolo de vitalidad y lo reviste de los atributos que lo mantuvieron durante su existencia, por lo que, se cierra el círculo existencial del cuerpo, lo que mantiene el discurso de la religiosidad. Por otra parte, la somatología y la bioética profundizan sobre la problemática entre el cuerpo vivo, muerto, el propio y los otros, como el espacio, volumen existencial, social e histórico, la sincronidad vital entre presencia y ausencia del sujeto.

Hasta ahora, parecería una simpleza establecer los parámetros del cuerpo y su importancia como parte de la causalidad vivencial de las formas biológicas; sin embargo, el surgimiento de la trasplantología que ofrece una esperanza transhumanista de sobrevivencia, no de la unidad del cuerpo, sino de sus partes, lo que renueva la promesa de supervivencia como parte de otra unidad; ilusión que vía los trasplantes, hace realidad la expansión del ciclo existencial preconizando que todo esfuerzo, en prolongar los espacios vitales, es moralmente posible. No es extraño que el Estado, como institución jurídica, se apodere del derecho de administrar los órganos de sus ciudadanos para facilitar, obligatoriamente, el servicio de donación de órganos entre ellos. Es decir, que el Estado se convierte en “el dueño”, no de las unidades del cuerpo, pero sí de sus partes, esto es, no es dueño del “cuerpo” sino de sus órganos, lo que plantea una serie de problemáticas por resolver culturalmente (hábitos, rituales, costumbres, folclor, etc.). La idea, vuelta principio doctrinal en la Ley de Salud (México) como “consentimiento supuesto” le da al estado la potestad para disponer de los órganos, tejidos, células y otros elementos que la Secretaría de Salud considere útiles para ser trasplantados.

En algunos países, el estado, ha irrumpido en el espacio privado, de tal forma que le ha quitado una de las fortalezas que le identificaban como un jus; esto es, que el estado no debería intervenir, por ser un derecho en sí mismo, intransferible e inalienable, lo que cambia la conformación del derecho occidental contemporáneo al destruir la estructura jurídica del derecho testamentario que defendía la voluntad del fallecido como elemento a resguardar y hacer operativo todo el peso de las leyes sobre el futuro del cuerpo muerto (Sagarna, 1996 y Ayala, 2006).

La trasplantología, por supuesto, está en ciernes y aun no adquiere la madurez suficiente para convertirse en algo más o menos trivial y, con esto, que resuelva los problemas técnicos más generales que le den viabilidad y volumen de éxitos para justificar cualquier gasto en la inversión compleja de los factores que intervienen en la funcionalidad de esas prácticas. Quizás podríamos considerar al cuerpo como un valor en sí mismo, que concentra un significado de transferencia entre la extinción y la supervivencia, esto es, en el proceso de extinción del valor que se tenía cuando estaba en plenitud de la vitalidad y se convierte en un producto o mercancía que es intercambiado por otros valores del

mercado y, en consecuencia, se transforma en objeto de intercambio social que multiplica otros significados que no tienen nada que ver con la valoración o axiología de la vida propia, para transfigurarse en una extensión del otro y adquirir una nueva dimensión como parte de otra unidad corporal y, en el peor de los casos, en un “volumen” fuera de toda consideración, es decir, como un desecho o despojo de la vitalidad, dejando de lado la dignidad y reconocimiento como parte inherente de la persona; destruyendo en el sujeto la psicosomatía que le da significado y es, ahora, la masa, la sarx y no el soma.

CONCLUSIÓN

El cuerpo es un referente ineludible, pero no podemos emplearlo como soporte permanente sin la elaboración de una metafísica que sustente la integralidad de la persona.

La proyección del cuerpo sobre el significado del mundo es el tránsito de la conversión de las funciones corporales hacia lo simbólico que constituye el espejo en el que identificamos los elementos de nuestra subjetividad y, por tanto, es al que identificamos como el “soporte real” de nuestras inclinaciones corporales. El habla es un puente colgante entre estas dos dimensiones (cuerpo y mente) y, transmite en ambas direcciones, el gesto del cuerpo con la voz y genera los sonidos de los fonemas de la palabra que representa al sujeto en lo básico o fundamental de la personalidad. Identidad y ser del sujeto son dos efectos del tránsito por este puente.

El sujeto monta, en una escenografía, sus posibilidades, su potencial, su fuerza, su poder, su visión, cuando le es posible programar los diversos sentidos que va articulando y armando, en una arquitectura el sentirse en el mundo y, como tal, diseñar las estrategias que le permiten caminar y desplazarse, desde un paso, hasta una estética de la danza en la que estructura un discurso de sí mismo, o la teatralidad que lo identifica y lo hace intercambiar valores de sus propias concepciones con la de otros sujetos; es decir, provocar los impactos de su personalidad en los demás sujetos que definen una comunidad semántica o una civilización de multiplicidad de factores que definen la vida cultural, educativa o moral de un grupo o series de grupos, etnias, tribus, naciones, etc.

¿Cómo funciona el imaginario frente a las necesidades corporales? Esta pregunta problematiza la cuestión del espacio que ocupa el imaginario en el proceso de significación e interviene en la estructuración del signo, lo que podría lanzarnos a una explicación más puntual sobre lo fenoménico del paso del significante corporal hacia su representación en tanto signo; pero, el funcionamiento del imaginario es mucho más complejo, porque implica acomodar las representaciones corporales en una colección de archivos que alimentan las múltiples posibilidades de armar la representación que identifica al signo con el significante corporal; sin embargo, esta operación puede ser una aptitud innata del sujeto o una adquisición de la experiencia cotidiana. Lo más oscuro de esta interpretación corresponde a los archivos que consignan “los fantasmas” o fantasías que pueden convertir el imaginario en un mundo feérico donde todo es posible, a través de mitologías, ideologías, de magnas teorías, etc., y, en consecuencia, el imaginario puede convertirse en pura imaginación.

Este señalamiento nos conduce a decir que la transitividad entre el cuerpo y el imaginario es un paso peligroso, porque si no hemos tenido el control suficiente de las diversas transformaciones que nos proporciona lo imaginario, caemos al precipicio de las preconcepciones que desfiguran o deforman las representaciones simples y las vuelve complejas, de tal forma, que al momento de pasar hacia el campo semántico, proyectan el mito como significado lo que trastoca la verdad del signo (representamen); es decir, se abre el campo no de la semántica sino del simulacro que entroniza la representación equivocada de la significación, a la que es necesario someterla a una hermenéutica particular para restablecer los espacios analíticos, lógicos, y abrir la posibilidad de una ciencia del discurso.

REFERENCIAS

Ayala, Salazar. Donación y trasplantes de órganos, tejidos y células, mitos y realidades. México: 2a Edición Trillas, 2006.

Barthes, Roland. The language fashion. London, UK: Bloomsbury Publishing Plc, 2013.

Bréal, Michel. Essai de Sémantique. Science des significations. Francia: Editions Slatkine. 2001.
Durand, Gilbert. Las estructuras antropológicas del imaginario. México: F.C.E, 2014.

Jung, Carl. Dinámica del inconsciente. Madrid: Editorial Trotta, 1984. Klossowski, Pierre. Nietzsche y el círculo vicioso. Madrid: Arena Libros, 2008 Lévy- Bruhl, Lucien. El Alma Primitiva. Barcelona: Ediciones 62, 1986

Lizcano, Emmánuel. Metáforas que nos piensan. Madrid España: Editorial Bajo Cero, 2006. Ley General de Salud. 8a Edición. México: Ediciones Fiscales ISEFSA, 2000.

Mainetti, José. Fenomenología de la interioridad. Junio, 2004.
<http://www.cuadernosbioética.org/doctrina22html>

Marinez, Benloch (Coord). Género, desarrollo social y transtornos de la imagen corporal. Madrid, España: Instituto de la Mujer, 2001.

Merlau-Ponty, M. Phenomelogie de la perception. Francia: Editorial Gallimard, 1976. Nancy, Jean. Corpus. Madrid: Arena Libros, 2003.

Sagarina, Fernando. Los trasplantes de órganos en el derecho. Buenos Aires: Ediciones De Palma, 1996.

Todo el contenido de **LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades**, publicados en este sitio está disponibles bajo Licencia Creative Commons .